

Recuerdo del Profesor Emérito Dr. Adolfo Valentín Zavala

Memory of Professor Emeritus Dr. Adolfo Valentín Zavala

Corría el año 1983 y Buenos Aires estaba muy lejos para nosotros. Y a 1000 km de distancia queríamos formarnos, y abrazábamos la Nutrición y la Diabetes como si fueran uno de nuestros hijos. Pero un sanluiseño, morocho de cara adusta y pocas palabras, el Profesor Adolfo Zavala, nos abrió las puertas del Hospital de Clínicas José de San Martín, en la Ciudad de Buenos Aires, y de ahí partimos con la entrañable Rosa González, de Formosa, a compartir con otros colegas de distintos puntos del país 3 años de nuestra formación en esas aulas y pasillos que eran duros de recorrer los fríos días de invierno. Pero nada nos paraba: ni las 12 horas en colectivo, ni estar atentos a no llegar tarde, ni las 10 horas de clases de los jueves, viernes y sábados a la mañana cada 15 días. Recuerdo siempre una de sus preguntas del final acerca de la mucormicosis, y su vozarrón desde el fondo del aula del décimo piso: "Lapertosa, ¿dónde va?," cuando alrededor de las 8 de la noche, después de haber viajado y de 10 horas de clase, sigilosamente intentaba irme en medio de una clase de hipertensión arterial del querido Miguel Domínguez.

Fue el primer profesor que iba al interior sin importar si en el auditorio había 5 o 50 colegas, si quedaba cerca del aeropuerto o si había que recorrer kilómetros de ruta; es así como pude acompañarlo y dictar mis primeras charlas en Formosa, Bernardo de Irigoyen, El Dorado, Bella Vista, Ituzaingó y tantos otros lugares que me permitieron empaparme de la realidad de nuestro país, y la necesidad de capacitarme y aprender de quienes vivían en Buenos Aires. Nos inculcó la responsabilidad de la puntualidad, de la preparación con tiempo del tema asignado, expresando nuestro reconocimiento y respeto por los equipos de salud que atienden a las personas con diabetes en distintos puntos del país.

En su revista EPROCAD, de la Fundación Escuela para la formación y actualización en Diabetes y Nutrición (FUEDIN), tuve mi primera experiencia en escribir un artículo sobre una temática que él

nos designaba, así también fueron mis primeras participaciones en los Congresos que organizaba, designándonos temas que nos obligaban a una gran búsqueda bibliográfica y sobre los que había muy poco publicado. Siempre nos desafiaba para crecer como personas y profesionales, y confiaba en que haríamos un buen trabajo.

Sus frases célebres, siempre adornando una clase, nos recordarán su presencia: "Desayuna como un rey, come como un príncipe y cena como un mendigo," "Oigo y olvido, veo y recuerdo, hago y aprendo."

Me intrigaba su valijita que, como valija de mago, hacía aparecer diferentes instrumentos que no conocíamos en ese momento y con los cuales él ya nos enseñaba en la década de 1990 (por ejemplo, cómo utilizar el monofilamento o el biothensometer, entre otros). Nunca olvidaré aquel viaje de vuelta de la Asociación Americana de Diabetes, en Ezeiza, con esa valija llena de novedades. Adolfo era fumador, y recuerdo anecdóticamente que hizo sonar la alarma en un Congreso en Estados Unidos por haber encendido un cigarrillo en un lugar que estaba prohibido.

Hasta sus últimos días me convocó para las actividades académicas que organizaba y tuve el privilegio de que me invitara y estar presente el día de su reconocimiento como Profesor Emérito de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).

Distintas circunstancias lo alejaron de la Sociedad Argentina de Diabetes, pero en los últimos años pudimos rendirle un reconocimiento como "Maestro de la Diabetología", y me emocionó al ver sus ojos llenos de lágrimas por el reencuentro con sus pares y alumnos que lo admiraban.

En este homenaje me acompaña el Dr. Claudio Sapoznik, quien compartió la docencia durante sus últimos años y está comprometido en seguir su legado.

Querido Maestro Adolfo, siempre estarás en nuestra memoria.

Dra. Silvia Gorban de Lapertosa
Sociedad Argentina de Diabetes

La última década no lo relajó ni enlenteció en absoluto, siempre había un desafío y un proyecto por seguir. Alguien le proponía una conferencia, una clase o un discurso, y él lo estudiaba, casi aceptándolo, sin hacerlo, pero ya estaba trabajando en eso. Tenía ese fuego sagrado interior que muy pocos poseen, y que muy pocos comparten. Esta última frase no es al azar, en estos y en otros tiempos, el "Profesor," integraba el equipo de salud como pocos docentes que he conocido. No dejó que se apague esa llama, pero tampoco dejó que otros la apagaran.

El pie diabético tuvo en él un cómplice de honor; entendía a la perfección su esencia y lo divulgaba incansablemente porque sabía de su responsabilidad frente a ese flagelo, y no podía él solo, aun que él solo eran miles.

Nunca olvidaba a sus colaboradores y nos hacía partícipes de sus actividades que, por cierto, eran múltiples. Dirigir la revista EPROCAD, presidir FUEDIN, atender a los pacientes en su consultorio particular y en el Hospital de Clínicas (a pesar de estar jubilado), preparar talleres de un día entero, de 8 a 18 horas, llevando en su valija celeste todos los elementos de evaluación, escribir artículos para revistas de divulgación científica, viajar al interior del país por horas para hacer una presentación y engalanarla, pero sin darse cuenta de ello, solo lo hacía. También fue expositor en el exterior y una personalidad de reconocimiento mundial.

Hombre honesto como pocos. "¿Cuánto te pago por esto?"; preguntaba, "Lo que usted decida, ¡Doc-tor!"; le decíamos, y respondía: "Cuentas claras, conservan la amistad". Amistad, admiración y respeto.

Nos convocó para la Diplomatura Universitaria en pie Diabético y Heridas, y obviamente aceptamos. Algunos decían: "No sé si me animo, es muy exigente"; y sí, era eso y mucho más. Tenía una demanda casi castrense, empezar a las 8 de la mañana, significaba estar a las 7:30 nosotros y él a las 7 (o antes, porque nunca pude llegar antes que él). Pero ese rigor era su forma de cuidar de todos y del resultado final. Sabía que muchas veces ofendía a la gente, pero lo hacía para su mejoramiento y no por mezquindad, vaya idea...cero mezquindad.

Durante la pandemia seguía teniendo proyectos, y los realizaba, primero a distancia, luego en forma mixta.

Me tranquiliza pensar que pudimos entregarle el título de Profesor Emérito de la UCES, una mención que le fuera otorgada a muy pocos. Y para el final, internado en una Unidad Coronaria, supervisó la corrección de la última evaluación del posgrado en la que estuvo presente hasta la clase final, dejándonos la misma como legado que continuaremos como su memoria se merece.

El Profesor me honró con su amistad y sus consejos certeros, colocándome en un lugar encumbrado. Solo espero estar a la altura de sus expectativas, que mencionó durante esa última charla, que guardaré en mis recuerdos más íntimos. Profesor Emérito Dr. Adolfo Valentín Zavala, usted estará siempre presente y ocupa un lugar de privilegio en la Medicina de nuestro país.

Dr. Claudio Gabriel Sapoznik
Sociedad Argentina de Diabetes